

De falacias y narcisismo en psicoanálisis

AUTORA

Raquel Aguilar García
Miembro adscrita CPM-CDMX
Fecha de recepción: 18/01/2018
Contacto: aguilargarciaaraquel@gmail.com

• Alberto Durero, *Dos manos sosteniendo un par de libros*, fragmento, 1506



El psicoanálisis como clínica es una experiencia que permite al sujeto considerar posibilidades que antes escapaban de su conciencia, ampliando así, el horizonte de su libertad. No obstante, aquel que emprende un análisis puede encontrar que el peso de esa

libertad tiene un precio que no consideraba. Por otra parte, el psicoanálisis también es una teoría. Y una teoría para evitar estancarse y morir tiene que revisar constantemente sus postulados, así como seguir lineamientos que le permitan dar cuenta de su trabajo. Evitar este camino puede complicarle la comunicación con otros campos del saber y a su vez, provocar que se le considere como poco seria. Cabe suponer que a una teoría no le interese someterse a los parámetros de las otras, es válido; no obstante, que justifique que no tiene que someterse a tales lineamientos por ocupar un lugar privilegiado entre ellas es, a mi ver, una huella de narcisismo.

Retomo el término narcisismo en su acepción mítica: como ese encantamiento que sufre Narciso ante el encuentro con su propia imagen. Todo lo que mira es a través de la imagen reflejante que ha sido destinada para él, una imagen ciertamente falaz en la medida que es un lente entre él y el mundo.

Considerando que muchas veces los orígenes arrojan luz sobre la actualidad, comenzaré presentando tres definiciones freudianas que pertenecen a distintos

momentos de la construcción del método psicoanalítico.

La primera es de 1923, momento en que el padre del psicoanálisis expone una teoría más o menos cabal del aparato psíquico, a través de un giro conceptual que se conoce como *segunda tópica* y que coloca las bases de la metapsicología.

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en nueva disciplina científica. (Freud, 1922, p. 231).

De la definición anterior se desprende que el psicoanálisis es un método terapéutico, pero también un procedimiento de investigación que, como tal, puede ser empleado por diversas disciplinas dando lugar a lo que se conoce como *psicoanálisis aplicado*, es decir, uso de categorías psicoanalíticas en el estudio de fenómenos sociales, artísticos y culturales. Finalmente, el psicoanálisis es una teoría, es decir, un conjunto de proposiciones que apuntan a un saber de índole científica. Esta última arista es la que nos interesa problematizar en el presente trabajo pero antes, dos definiciones freudianas más de psicoanálisis:

[Freud] Creó el nombre de *psicoanálisis*, que en curso del tiempo cobró dos significados. Hoy designa: 1) un método particular para el tratamiento

de las neurosis y 2) la ciencia de los procesos anímicos inconscientes, que con todo acierto es denominada también «psicología de lo profundo». (Freud, 1926, p. 252).

Podemos observar que Freud reconoce distintas acepciones al término de psicoanálisis y que una de ellas corresponde al estatuto de ciencia. Desde luego por el carácter de su objeto de estudio, se trata de una ciencia *sui generis*, pero ciencia al fin y al cabo. Hacia el final de su vida Freud mantendrá esta concepción científica del psicoanálisis: “ El psicoanálisis es una parte de la ciencia sobre el alma de la psicología. También se lo llama ‘psicología de lo profundo’ ” (Freud, 1938, p. 284).

Las definiciones presentadas no pretenden en ningún modo agotar los sentidos que puede tener la noción de psicoanálisis, pero sí retomar la intención freudiana en su construcción. No pretendo discutir aquí si el psicoanálisis posee o no, un carácter científico ni las condiciones de posibilidad para que el psicoanálisis fuese una ciencia. Lo que me interesa apuntar es que Freud sí lo concebía como una ciencia o trabajaba en los rudimentos para ello. Este anhelo freudiano si bien puede ser rechazado por los nuevos clínicos y teóricos del psicoanálisis, difícilmente puede descartarse como problema a los estudiosos del psicoanálisis; al menos si se reconocen las bases teóricas en Freud y en este sentido, lo que él entiende por psicoanálisis

Consideramos que un modo de aproximación al problema es retomar la triple dimensión que Freud otorga al psicoanálisis. Olvidar esa distinción conduce no



sólo a la confusión sino a generalizaciones inadecuadas y por ende, a teorías endebles por el uso de argumentos falaces.

Cabe mencionar que existen distintas concepciones sobre la ciencia y no hay un acuerdo sobre su clasificación o métodos. Ciertamente algunos criterios científicos —como la comprobación, la predicción de fenómenos y la formulación de leyes generales— difícilmente se encuentran en la clínica psicoanalítica, en su lugar, se alude al *caso por caso*. Sin embargo, esa clínica se configura a partir de principios teóricos: el inconsciente, la sexualidad infantil, el Edipo, entre otros. O más bien, la teoría se configura a partir de la clínica, pero, de algún modo, hay elementos que las subjetividades comparten y que nos permiten hablar de clínica psicoanalítica.

Por su parte, Freud no dejó pasar la oportunidad para señalar la especificidad del psicoanálisis y deslindarse de otros saberes, por ejemplo, de la filosofía, afirmando que el psicoanálisis no era una *Weltschaung* y que sus objetivos eran más modestos. La filosofía en términos esquemáticos, busca dar cuenta de la totalidad, y en cierta medida, establecer concepciones universales. La ciencia como tal, es la explicación de un fragmento de la realidad (físico, químico, biológico, lingüístico, etcétera). En este sentido, el psicoanálisis como método puede ser herramienta de diversas disciplinas, el psicoanálisis como tratamiento terapéutico puede emplearse a diversos fenómenos clínicos —neurosis para Freud u otras estructuras psíquicas dependiendo de la escuela psicoanalítica— pero esto siempre, tomando en cuenta a determinado sujeto analizante.

El psicoanálisis como teoría puede dar cuenta de un fragmento de la realidad: psique, paciente, analizante, etcétera; de lo que no se sigue que la teoría psicoanalítica pueda dar cuenta de la totalidad, por ejemplo, de *todas* las teorías respecto a la psique y/o de los procesos psicológicos de *todos* los opositores del psicoanálisis. Analizar, categorizar y, en el peor de los casos, diagnosticar otros saberes humanos y/o teorías equivaldría a posicionarse desde un enfoque filosófico; es decir, un punto de vista totalizante, puesto que nada (ni siquiera la filosofía misma) escaparía a la mirada psicoanalítica.

Ahora ¿Qué tiene que ver la cuestión anterior con el tema del narcisismo? Recurro al término *narcisismo* no tanto como categoría clínica sino entendido a partir del mito griego,



• Alberto Durero, *Mano izquierda de un apostol*, 1508

que a su vez es el punto de partida para la conceptualización del narcisismo freudiano. El narcisismo, en un sentido laxo, tiene que ver con un encantamiento de la imagen de sí mismo. En el caso de la teoría psicoanalítica encuentro el narcisismo en la suposición de que la primera merece para sí una lógica especial, algo parecido a pedir un trato especial que, si se le niega, el psicoanalista objetará que se trata de una *resistencia* psicológica de los que sustentan la crítica o —más grave aún— que requieren mayor experiencia en un proceso analítico.

Falacias en la práctica del psicoanálisis

Si partimos de las definiciones freudianas del psicoanálisis como parte de una ciencia o retomamos los contenidos a los que ella alude, encontramos que estos pueden ser tanto conscientes como inconscientes. En tanto ciencia de lo psíquico cabría esperar que sus elaboraciones teóricas estén supeditadas al ámbito de la razón y de la lógica. Se podría rebatir que precisamente uno de los pilares teóricos del psicoanálisis es la noción de inconsciente y que éste como tal, opera de una manera distinta a las leyes del funcionamiento mental consciente. Es decir, el sistema inconsciente presenta sus mecanismos propios: es atemporal, presenta un deslizamiento incesante de sentido y en él operan los mecanismos de desplazamiento y condensación que en ocasiones se expresan en forma alucinatoria (sueño).

Si bien el objeto de estudio del psicoanálisis son los procesos inconscientes, el hecho de postularse como una ciencia (conjunto sistematizado de principios) se halla dentro de una lógica racional, es decir consciente. Freud presentó sus textos

conforme a criterios académicos, realizó investigación a partir de la metodología científica con la que contaba. Hoy en día la comunidad psicoanalítica organiza actividades de formación, transmisión y difusión a partir de criterios convencionales: seminarios, conferencias, lectura de textos, entre otros. Prácticas que están todas atravesadas sí, por mecanismos inconscientes (lapsus, chistes, etcétera) pero que apuntan a la propagación de un saber, a su discusión o complejización en lo que Freud llamó *proceso secundario*. Es en este sentido, que encontramos falacias en el discurso psicoanalítico, la más común de ellas es el argumento *ad hominem*:

Argumentum ad hominem (*ofensivo*). La expresión argumentum ad hominem significa literalmente “argumento contra el hombre”. Se la comete cuando, en vez de tratar de *refutar la verdad* de lo que se afirma, se ataca al hombre que hace la afirmación. Así, por ejemplo, podría argüirse que la filosofía de Bacon es indigna de confianza porque éste fue desposeído de su cargo de canciller por deshonestidad. Este argumento es falaz, porque el carácter personal de un hombre carece de importancia lógica para determinar la verdad o falsedad de lo que dice o la corrección de su razonamiento. [...]

La manera en que puede persuadir a veces este razonamiento falaz es través del proceso psicológico de la transferencia. Si puede provocarse una actitud de desaprobación hacia una persona, ella puede desbordar el campo estrictamente emocional y convertirse en desacuerdo con lo que esa persona dice. Pero esta conexión



es sólo psicológica, no lógica. Aún el más perverso de los hombres puede a veces decir la verdad o razonar correctamente. (Copi, 1987, p. 84)

El argumento *ad hominem* es considerado una falacia de atinencia es decir, carece de pertinencia o relación lógica con respecto a sus conclusiones y por tanto, éstas son incapaces de establecer su verdad. Desde luego que provocan un efecto de persuasión considerable sólo que esto se debe a que su atinencia es más bien psicológica que lógica.

Ejemplos de la presencia de este argumento se encuentran en numerosos estudios sobre la vida de Freud: recopilación de cartas, estudios sobre el autoanálisis de Freud y varias biografías. Evidentemente la vida de un gran pensador atrae el interés del estudiante y/o del investigador, pero estoy en desacuerdo con que este interés sea el filtro a través del cual se accede a la complejidad de su pensamiento; al final, resulta una tentadora desviación. Ciertamente es más sencillo especular sobre las tendencias homosexuales de Freud, que adentrarnos en las profundidades de su metapsicología. Sumamente sencillo hurgar en su correspondencias cuestionando tal o cual decisión de su vida personal colocándonos como una especie de autoridad moral.

Desde luego que existen estudios serios y rigurosos en el ámbito psicoanalítico, sólo pretendo señalar que el argumento *ad hominem* es una falacia muy presente en el ejercicio y en la teorización del psicoanálisis y que busca justificarse a partir de su campo de estudio: el inconsciente. En este sentido, hay propuestas como la de José Perrés (1988) que sostienen que el psicoanálisis



• Alberto Durero, Estudio de manos, fragmento, 1506

tiene derecho a operar de manera distinta pues posee el legado del conocimiento del inconsciente. Esta propuesta más elaborada, afirma también que el psicoanálisis posee un peculiar estatuto epistemológico o que, en su defecto, debe construirse toda una epistemología que dé cuenta de él.

Si por otra parte, algunos psicoanalistas optan por desmarcarse de la pretensión científica de Freud es menester que den cuenta del sustento epistemológico de su práctica, que entre otras muchas cosas debe responder a si aquello que hacen es una disciplina, un arte, un ejercicio espiritual, etcétera. Luego, si el resultado es un *saber* entonces será momento de emprender la tarea de elaborar un marco conceptual, una metodología y reconocer un ámbito de aplicación. Las metáforas pueden ser un recurso terapéutico empleado por el analista en su consultorio, pero no pueden

considerarse una respuesta seria, sobre todo, cuando se usan ante todo interlocutor que cuestione su saber.

Cabe mencionar que el padre del psicoanálisis señala en varias ocasiones que sus ideas eran rechazadas debido a las *resistencias* (un rechazo que tiene que ver con mociones inconscientes) de sus opositores. Pero ya no estamos en los días de Freud y el inconsciente es mucho más aceptado que en aquel entonces. Incluso Freud afirma que el psicoanálisis arroja luz sobre la personalidad y el origen de las ideas científicas y los sistemas filosóficos pero nuestros hallazgos psicoanalíticos poco pueden decir sobre la corrección y/o validez de tales ideas y sistemas.

Aseverar que alguien no acepta los postulados psicoanalíticos por una resistencia (en sentido psicoanalítico) sino un argumento falaz, es a lo mucho una opinión. Tanto una opinión como una creencia no incluye la garantía de su propia validez. ¿Cómo garantizar la validez de las explicaciones psicoanalíticas? ¿Sometiendo a un tratamiento psicoanalítico a todo opositor y crítico de la teoría freudiana?

Si el psicoanálisis, en la línea de lo establecido por su creador, Freud, se postula como una ciencia o coloca ahí su aspiración, debe someter a una revisión rigurosa su discurso y sus modos de aproximación a los objetos que estudia. En particular, elaborar una producción teórica libre de falacias.

A modo de conclusión y regresando al título del presente trabajo, considero que salir del encantamiento de la propia imagen no puede ser tarea fácil, pero vale la pena



Alberto Durero, Dos manos sosteniendo un par de libros, fragmento, 1506

intentarlo si se pretende evitar la suerte de caer en nuestra imagen diluida en el agua como Narciso. 🌀

Referencias

Copi, I. (1987). *Introducción a la lógica*, Buenos Aires: Alpa Corral.

Freud, S. (1922). Dos artículos de enciclopedia: "Psicoanálisis" y "Teoría de la libido". *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XVIII, pp. 227-254). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1926). Psicoanálisis. *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XX, pp. 245 - 258). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1938). Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis. *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 23, pp. 279-288). Buenos Aires: Amorrortu.

Perrés, J. (1988). El problema de la realidad en Freud. Aportes para una epistemología freudiana. *Argumentos* (4) 71-107